

dibujaba bajo sus negros pliegues un cuerpo de exquisitas curvas y contornos. La rodilla de Mariana apretaba suavemente su rodilla, en tanto que los párpados, medio cerrados, casi ocultaban los ojos de la joven, en los cuales le pareció á Vaudrey ver algunas lágrimas.

—Mariana, por Dios, yo os pido que si tenéis un disgusto cualquiera que yo pueda remediar, me lo digáis en seguida con entera franqueza.

—¡Bah! ¡Si fuese un disgusto!.....—dijo ella retirando bruscamente la mano izquierda de las manos de Vaudrey que la estrechaban dulcemente.—Pero es algo peor: es un apuro de dinero, sí, de dinero, añadió de pronto al ver la expresión de extrañeza que se dibujaba en el semblante de Vaudrey.

Cogió un puñado de los papeles que parecía hallarse arreglando cuando Vaudrey entró en la sala, y añadió con acento de cólera y de desagrado:

—Esto, ¿veis esto? pues son las cuentas de esta casa: cuentas de acreedores que alborotan, tapiceros, cerrajeros, albañiles, y qué sé yo cuántos otros más.

—¡Cómo! ¿Vuestro hotel?.....

—¿Creíais que lo había pagado? Pues mi hotel lo tengo en alquiler, y nada de cuanto hay en él

se halla saldado del todo. Debo todo esto á un enjambre de acreedores.

Y se echó á reir.

—¿Creéis que la sobrina del pobre Kayser podía hacer la vida de lujo que habéis visto? No tengo un cuarto: ¿cómo ha de ser mío todo esto que hay aquí?..... No..... He cometido la locura de encargar todas estas cosas, y ahora debó y es menester pagar, y si no, me llevarán á los tribunales. ¡Ahí tenéis lo que me pasa, ya que tanto insistís en que os lo digal..... Pero estos apuros míos no deben preocuparos, mi querido Vaudrey; así es que..... hablemos de otra cosa. ¿Qué hay de la interpelación Fraynais? ¿en qué ha quedado?.... ¿qué ha sucedido en la sesión?

—No hablemos más que de vos, Mariana—dijo el Ministro, mirando á la joven con cierta expresión de lástima y de candidez, como un médico mira á un enfermo.

Ella agitaba los dedos nerviosamente y golpeaba la alfombra con los dos pies.

Él se acercó más todavía, procurando calmarla, obtener explicaciones, noticias; y Mariana, como si al revelar su secreto hubiese cedido á un movimiento irreflexivo, se negaba ahora á completar su confidencia. Repetía que no debían decirse nunca

á los amigos cosas que los entristecieran y que además no era prudente revelar de buenas á primeras el secreto de su vida. Puesto que estaba decidida á callar, Sulpicio con su insistencia la hacía sufrir horriblemente.

—Más me hacéis sufrir á mí—dijo Sulpicio—no contestándome, Mariana; á mí, á quien interesa el más pequeño pormenor de vuestra existencia; á mí, que sé que estáis preocupada, angustiada, y que quisiera, os lo aseguro, ahorraros esas preocupaciones y esas angustias.

Ella se volvió hacia él con movimiento brusco, lanzando chispas de sus bellísimos ojos garzos, y como si adoptase una resolución súbita, violenta, involuntaria, dijo á Sulpicio:

—¿De modo que queréis conocer todas las miserias de mi vida? Pues sea. Pero os prevengo que el relato no es nada agradable. Más despues de todo—añadió, lanzando á Sulpicio una mirada que le hizo estremecerse—mejor es jugar con las cartas descubiertas, y si me amáis como decís, bueno es que me conozcáis tal cual soy; luego veréis lo que habéis de hacer. Ya estoy acostumbrada á los desengaños.

¡Ah! Vaudrey comprendía que lo que quiera que fuese lo que aquella mujer iba á decirle, no haría

más que aumentar su amor. Ella se puso de pie y con los brazos cruzados sobre el raso negro de su bata, los adornos granate de la cual parecían sangre de heridas recientemente abiertas, y con los ojos chispeantes y enrojecidos que contrastaban con la palidez mate de su rostro, con los labios movidos por una expresión extraña de voluptuosidad que solicitaban al beso, empezó á relatar á Vaudrey, que estaba sentado delante de ella y la contemplaba absorto, una tristísima historia de su infancia, de su adolescencia ignorante y descuidada, de su juventud malgastada; tristezas, faltas, arrebatos de fe, caídas, sobresaltos de amor, de orgullo, de virtud, de regeneración por medio del arrepentimiento, de esperanzas desvanecidas, de confianzas muertas, toda una desgarradora existencia de mujer que había dejado menos parte de su cuerpo que de su corazón enganchada á los clavos del Calvario, algo, vulgar y pasado con frecuencia, pero cruelmente verdadero, que iba derecho al corazón de Sulpicio, á aquel corazón henchido de piedad, propio de un hombre crédulo como él, atraído por todo lo que le parecía doloroso y exquisito en aquella mujer.

—Tal vez os estoy fastidiando—dijo ella de pronto.

—¡Vos!—contestó él apasionadamente, mientras se pasaba la mano por los ojos para enjugar una lágrima.

En los de Mariana brilló una rápida llamarada de triunfo.

—¡Pues bien—dijo luego—ésa es mi vida! He amado, me han engañado, creí en alguien, y una mañana me desperté con la siguiente perspectiva: meterme del todo en el cieno ó hacer lo que hacen muchas: tomar un amante y salvarme por medio del lujo, ya que no podía regenerarme por medio del amor. ¡Bah! ¡el mundo es más tolerante con el éxito que con el arrepentimiento! No se trataba, pues, más que de triunfar, y á fe que.... ¿Conocéis bien al Duque de Rosas?

—No—balbuceó Vaudrey, que vió surgir ante sus ojos la elegante figura del aristócrata español.

—¿No lo oísteis la otra noche?

—Quiero decir que no le he hablado nunca. ¿A qué viene hablar del señor de Rosas?

—El señor de Rosas me ama. ¡Oh!—exclamó Mariana conteniendo un gesto de Vaudrey—¡Esperad! Decía que me amaba. Es muy rico. ¿Por qué no había de ser la querida de Rosas? ¡Venta por venta, ésa al menos era buena! ¡Y me decidí

por Rosas! Para recibirlo dignamente he hecho la locura ésta sin saber lo que hacía. ¿Qué son estos gastos para un Rosas?—dijo luego estrujando entre sus delicados dedos las facturas que tenía en las manos.

—¿Y.... el señor de Rosas?—preguntó Vaudrey, que estaba muy pálido.

—¿Él?

Mariana se echó á reir.

—¡Se ha ido!.... Ya os lo he contado.... Tal vez ha hecho bien, después de todo.... Por un momento lo he sentido.... Pero ¡bah! ¡de todos modos lo hubiese yo despedido!.... Sí, señor, sin más ni más. ¡Sin permitirle siquiera que me tocase con la punta de los dedos!

—¿A Rosas?—repitió el Ministro, fijando la mirada en los ojos de Mariana.

—A Rosas—afirmó ella bajando la voz.—¿Y sabéis por qué lo hubiera hecho?

—¡No!....—contestó Sulpicio temblando.

—¡Pues, sencillamente, porque ya no le amaba! ¡Y porque amaba á otro!

La joven había pronunciado lentamente, con acento apasionado, estas últimas palabras, que causaron á Sulpicio la sensación de un estremecimiento delicioso.

¡Ah!—dijo acercándose más á ella;—¿era por eso? ¿de veras era por eso, Mariana?

Ella no había dicho á quién amaba; no había hecho más que dejar hablar á sus ojos. Pero Sulpicio se sentía rendido, vencido por el amor, loco por aquella confesión, entusiasmado; y sus manos buscaban las de Mariana otra vez, y sus brazos la atrajeron hacia su pecho; sintióse ebrio por el contacto de aquel cuerpo delicioso pegado al suyo, y murmuró mientras sus dedos acariciaban el raso de la bata, el cutis del cuello y los rizos de sus cabellos:

—¿Cómo no queréis que os adore, Mariana mía? ¡Es cierto, cierto! ¡No es verdad! ¿Me amáis? ¡Ah! ¿creéis que lo que no ha hecho ese gran señor no puedo yo hacerlo?..... Estáis aquí en vuestra casa, en vuestra casa, ¿entendéis Mariana?.....

Y añadió pegando sus labios á la incitante oreja de la joven:

—Es nuestra casa..... ¿Queréis que diga en nuestra casa?

Sentía entre sus brazos los estremecimientos que conmovían aquel cuerpo que se apoyaba en el suyo; sus labios erraron de la oreja á la mejilla y de la mejilla á la boca, y allí en un beso largo, frenético, que le producía la lánguida sensación

de un desvanecimiento, permaneció un rato, teniéndola estrechada contra el pecho hasta que ella se separó sonriente, encendida, con los ojos húmedos y brillantes y diciendo con extraña expresión:

—¡Ahora ya está firmado el pacto!

Sulpicio no había experimentado jamás, ni aun en las horas de su primera juventud, una sensación tan embriagadora como la que experimentaba en aquel instante. Era el completo abandono de sí mismo, el olvido absoluto de todo. Todo lo que era realidad, dispuesto á apoderarse de él en cuanto saliese de aquella casa, desaparecía ante la delicia de este sueño delicioso: poseer aquella mujer. Olvidaba la Cámara, el salón de conferencias, aquellas muchedumbres que dominaba desde lo alto de la tribuna, y hasta la misma Adriana, sentada allá junto á un balcón de su palacio, esperándolo impaciente. Lo olvidaba todo, todo. Con esa singular facultad que tienen las personas de impresiones fáciles y fugitivas, le parecía que su horizonte estaba limitado á aquellas paredes tapizadas de seda, á aquel saloncito de mujer hermosa, contiguo á su tocador y á su alcoba, de donde se desprendía el perfume de los ramos de flores colocados en artísticos jarrones.

Luego el corazón se le henchía de cierta fiereza

especial. Experimentaba un gozo inexplicable al pensar que él, el pobre abogadillo de Grenoble, arrebatada su conquista á un Duque y pagaba las deudas contraídas por Mariana. Cierta movimiento instintivo de vanidad le hacía erguir la cabeza con orgullo. El, el hijo de unos pobres diablos provincianos, aplastaba á todo un Rosas bajo su generosidad.

—¿Qué queréis que haga para que esos acreedores callen?—dijo á Mariana, cuyas manos estrechaba entre las suyas, y cuyo rostro tocando al suyo, le tenía vuelto el juicio.

—Nada—respondió ella.—Me basta que os ofrezcáis á salvarme para sentirme salvada. En nuestra casa, lo habéis dicho, aquí estamos en nuestra casa. Y si los acreedores no me creen cuando les diga que tengan paciencia.....

—Os creerán—exclamó Vaudrey.—Vamos á ver, busquemos un medio..... ¡Con mi firma, cualquiera prestará dinero!

Parecía que Mariana estaba esperando la palabra *dinero*, brutal y elocuente, para decir á Vaudrey que Clara Dujarrier, una antigua amiga suya, conocía íntimamente á un tal Adolfo Gochard, el cual, con la firma de un hombre de crédito, prestaría fácilmente un centenar de miles de francos

que tenía disponible. Bastaba hacer á Gochard un pagaré de cien mil francos á tres meses fecha, con un interés de cinco por ciento. El tal Gochard era un capitalista muy honrado, que no se dedicaba á la usura. Era un favor. La señora Dujarrier se lo había presentado algunos días antes, y ya Mariana hubiese aceptado su bondadoso ofrecimiento si hubiera creído que iba á poder pagarle á fecha fija.

—¿Dónde vive ese señor Gochard?—preguntó bruscamente Vaudrey.

—¡Oh! no tendréis ni necesidad de verlo si quiera—respondió Mariana.—Con una esquila que le escriba yo á la señora Dujarrier, ella se encargará de todo.

—¡Cien mil francos!—pensaba Vaudrey.—Y añadía: En una plaza como París se puede encontrar un filón de oro en tres meses.

Además tenía su fortuna personal y algunas posesiones en el Delfinado. En caso necesario, hasta sin necesidad de que Adriana lo supiera, podía hipotecar la granja de San Lorenzo del Puente.

—El señor de Rosas no hubiese titubeado. Pero en él eso no hubiera tenido mérito—dijo la señorita de Kayser.

El nombre y el recuerdo de aquel hombre, lan-

zado en el momento oportuno para agujonearlo, decidieron á Sulpicio. Evidentemente el noble millonario no habría vacilado en sacar á su querida de entre las garras de los acreedores. Pues bien, Vaudrey daría aquel dinero como lo habría dado el español, y lo encontraría. Antes de tres meses lo habría arreglado todo, fuese como fuese.

—¿Tenéis una pluma, Mariana?

El Ministro no había echado de ver el plieguecillo de papel blanco que yacía sobre el secante de una cartera de piel de Rusia colocada en un veladorcito junto á una papelera llena de sobres perfumados.

—¿Qué queréis hacer, amigo mío?

Parecía estar alejando el elegante mango de pluma que había al lado del tintero, y en realidad lo aproximaba imperceptiblemente á Sulpicio, que con un brusco movimiento acababa de sentarse delante del velador.

—¡Supongo que la firma de un Ministro bastará!—dijo sonriendo.

Y se puso á escribir.

—¿Cómo has dicho?..... ¿Gochard?

Ella, pálida como una muerta, miraba por encima del hombro de Sulpicio las líneas que rápidamente escribía éste en el papel, y luego deletreando:

—Adolfo Gochard..... Go..... go..... chard.

—Toma—dijo Vaudrey alargándole el papel.

—Quiero saber lo que hay escrito, y no consentiré.....

Cogió el papel é hizo el ademán de romperlo. Sulpicio la detuvo.

—No—dijo;—quiero, exijo que lo guardes. Es la mejor respuesta que puedes dar á todas esas gentes. ¡Cuenta conmigo!

—¿Lo quieres?—contestó Mariana con voz dulcísima y moviendo la cabeza.

—Absolutamente. Es egoísmo, porque quiero sentirme ya como si estuviese en mi casa.

La cogió las manos, aquellas manos finísimas y delicadas, que besó muchas veces estrechándolas entre las suyas, llevándolas á sus labios, y buscó de nuevo aquel cuello, aquella mejilla, aquella boca, que cubrió también de besos apasionados. Y Mariana, sujetando el papel que el Ministro acababa de firmar, decía riendo y defendiéndose débilmente:

—Vamos..... vamos..... acaba..... ¡oh! ¡Qué chiquillo!..... No vas á dejar nada para otra vez!

Salió loco del hotel. Había dado orden al cochero para que lo dejase á mitad del camino del Ministerio, en la plaza de la Magdalena, y dentro

del carruaje cerraba los ojos para seguir viendo á Mariana.

Ella entretanto, sola, con los labios contraídos por una vanidosa sonrisa de triunfo, empezó á leer lo escrito en el papel:

«Pagaré al señor Adolfo Gochard, á tres meses fecha, si accede á prestar esa suma á la señorita Dujarrier, que, á su vez, la entregará á la señorita de Kayser.»

—¡Vamos, la Dujarrier tenía razón!—dijo—las habilidades de la mujer hacen más efecto que los sinapismos.

Después de hacer un ligero movimiento de cabeza y sin dejar de sonreír, fué á abrir uno de los cajones del mueblecito italiano y metió dentro, cuidadosamente doblado en cuatro partes, el papel satinado donde el Ministro acababa de estampar su firma. Pensaba que aquel autógrafo era dinero, mucho dinero, mil veces el montoncillo de monedas de oro que aún quedaban en aquel cajón como últimos restos de su improvisado lujo.

En seguida volvió lentamente á la butaca, dejóse caer en ella y cruzando las dos manos por detrás de la cabeza y levantando la mirada al techo se

puso á reflexionar, y aquellos labios que con tanta pasión acababa de besar Vaudrey continuaban contraídos por la expresión satisfecha de quien acaba de ganar una batalla en la cual no entra para nada el corazón.

Era tan dueña de sí misma en aquel momento, como loco y desatentado estaba Vaudrey.

A éste le parecía que dentro de él reían y cantaban voces misteriosas y que iba á estallar de alegría. Veía abrírsele inmensos horizontes, perspectivas no soñadas. Ser poderoso era magnífico; pero sentirse amado era cien veces mejor. Todo le daba vueltas dentro del cerebro: parecía estar oyendo aún la voz de Dionisio Ramel, y de pronto, cortando la palabra al antiguo periodista el chasquido de un beso de amor, y se le aparecía la deliciosa figura de Mariana.

Complacióse mucho de ir á pie un momento, cuando el carruaje lo hubo dejado sobre el asfalto que rodea á la iglesia de la Magdalena. El andar le hacía bien. Levantaba la frente instintivamente, y abría los pulmones al aire, y ensanchaba el pecho. Le parecía que todos le miraban. Algunos transeuntes, en efecto, se volvían para verlo. Hubiese estado más orgulloso de que dijeran de él: «Ahí va el amante de la señorita de Kay-

ser» que «Ahí va el Ministro de la Gobernación.»

Experimentaba cierto aburrimiento por volver á la plaza Beauvau. Estaba todavía con Mariana. Recordaba sus actitudes, sus movimientos, su sonrisa, el tono de su voz. Ahora, otra vez los negocios públicos, las firmas, los expedientes, los partes oficiales, el oficio, en una palabra, el vulgar oficio iba á apoderarse nuevamente de él. No entró en seguida en su despacho. Warcolier, el subsecretario de Gobernación, recibiría á la gente y se encargaría del despacho ordinario.

Experimentaba algo así como sed insaciable de volver al lado de Adriana muy pronto, después de separarse de Mariana, acaso para darse cuenta de la sensación que iba á sentir y si *se la conocía*, como se suele decir. Había también algo de remordimientos en aquella prisa. Quería probarse á sí mismo que Adriana no sufría, y sonreírle con el mismo cariño que siempre, para borrar de ese modo la falta que acababa de cometer.

Adriana estaba en su gabinete. Sulpicio oyó voces que hablaban allí.

—¿Tiene la señora visita?—preguntó á un criado.

—Sí, señor Ministro: el señor de Lissac.

—¡Ola, Guy! ¡qué casualidad!—se dijo Sulpicio.

Y abriendo la puerta entró, saludando cordialísimamente, á su buen amigo.

—¡Gracias á Dios que te se ve por aquí!

Guy se había levantado con el sombrero en la mano, en tanto que Vaudrey se acercaba á su esposa que permanecía sentada, y le dió un beso en la frente delante de su amigo.

—¡Oh!—dijo Lissac—no es á tu excelencia á quien venía á ver, sino á tu encantadora señora.

—Te lo agradezco—contestó Sulpicio.—Mi pobre Adriana tiene muchas visitas, pero pocas veces vienen amigos como tú.

—Y es claro, se aburre. Por eso me he prometido venir de vez en cuando á hacerle compañía. La verdad es, señora, que este pícaro Ministro merecería que se os hiciesen declaraciones de amor desde por la mañana hasta por la noche, mientras él se pasa los días contemplando su cartera. ¡En mi vida he visto un marido semejante!.....

Adriana, un poco ruborizada, miraba amorosamente á Vaudrey. Sulpicio procuraba sonreír al escuchar las bromas de Lissac.

—¡No, mira, ten cuidado!—añadió Guy.—Puesto que tu señora está sola con tanta frecuencia, me permitiré venir algunas veces á hacerle compañía, y no respondo de no enamorarme de ella.

Y volviéndose respetuosamente á la señora de Vaudrey, añadió con el tono del más cumplido caballero:

—Todo esto, amiga mía, es para hacerle comprender que nada, absolutamente nada, ni una cartera de Ministro, vale tanto como la dicha de tener una esposa como lo sois vos. ¡Y el muy tunante parece que no lo sabe! Ya ves, hijo, que hablo de tí como lo harían los periódicos de oposición.

Sulpicio trataba de sonreír, pero adivinaba que las bromas de su amigo ocultaban cierto fondo serio de verdad. Acaso poco antes Adriana se habría quejado de la tristeza y soledad de su vida. Esta duda le molestaba. ¡Después de todo, hacía cuanto le era posible por complacer á su esposa! Pero un hombre como él no había nacido para estar siempre pegado á las faldas de su mujer. La esposa del Ministro debía ayudarle á llevar la carga, puesto que el poder es una carga pesada, según dicen.

Y como si Adriana adivinase hasta el pensamiento de Sulpicio, se apresuró á interrumpir á aquel burlón sempiterno, que desconcertaba un poco al Ministro.

—No hagas caso del señor de Lissac—dijo.— Soy muy feliz, muy feliz.

Vaudrey le cogió la mano y se la estrechó un poco nerviosamente. La sonrisa confiada, la sonrisa honrada de Adriana, le recordaba á pesar suyo la nerviosa sonrisa de la señorita de Kayser.

—¡Vida mía!

Buscaba una palabra, una exclamación, un consuelo, una caricia que partiendo del corazón hablase al corazón; pero no la encontraba.

—Vamos—dijo Guy—os dejo.—Y si me lo permitís, señora, vendré algunas veces á contaros lo que se diga por ahí.

—Seréis siempre muy bien recibido, mi querido señor de Lissac—contestó Adriana alargándole la mano.

Guy se inclinó delante de la señora de Vaudrey con el más profundo respeto.

Sulpicio lo acompañó á través de los salones del Ministerio, hasta llegar á la antesala.

—¿Quieres que te diga una cosa?—exclamó Lissac.—Tu mujer se aburre; ten cuidado. Este pícaro palacio no tiene nada de alegre. Debe uno resfriarse con facilidad. Y una mujer sola, aquí dentro, está como si estuviera presa. Piensa en mantener la disciplina de la mayoría, en buen hora; pero no dejes de pensar en tu mujer, mi querido Ministro. ¡Mira, no quiero hacerte trai-

ción! Te prevengo que si me la encuentro muchas veces tan melancólica como está hoy, le digo que la adoro. ¡Sí, sí! ¡Porque es escantadora tu mujer! ¡Daría yo todo lo dable por un rizo de sus cabellos! Adios, señor Ministro.

—¡Anda con Dios, loco!—le dijo Vaudrey dándole una palmada amistosa en el cuello.

—Loco ó no, como no la quieras mucho, voy á enamorarne de ella. Después de todo, mejor sería yo que otro. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!—repitió Sulpicio.

Y seguía tratando de sonreír, pero sin conseguirlo. Desde allí se dirigió á su despacho, donde lo esperaban, amontonados, una porción de papeles y de expedientes que empezó á hojear, poniéndose á leer con un humor de todos los diablos.

X.

En medio del fastidio que le causaban las visitas que la señora de Vaudrey recibía en el Ministerio los miércoles, días señalados por ella *para quedarse en casa*, Adriana no experimentaba verdadera satisfacción más que cuando, por casualidad, Dionisio Ramel consentía en abandonar el

barrio de Batignoles para ir á verla, ó cuando Guy le llevaba noticias que la distraían.

Adriana sentíase horrorosamente aislada; no conocía á casi nadie en París. Desde que se instaló con su marido en la casa de la calzada de Antín no había tenido tiempo de hacer amistad con las señoras de los diputados, muchas de las cuales vivían en provincia ó en Versalles mismo, para mayor comodidad ó economía.

La entrada de su marido en el Ministerio le había proporcionado relaciones de esas que pudiéramos llamar oficiales, pero poco agradables, por lo mismo: señoras que la visitaban y que más que otra cosa parecían pretendientes ó clientes. Las recepciones oficiales la entristecían. Siempre era la misma conversación, llena de adulaciones ó de palabras intencionadas. Se hablaba de la próxima interpelación parlamentaria, de la mayoría ministerial, de los proyectos de ley anunciados, y siempre las mismas palabras lúgubres como torrentes, caían en sus oídos con la fastidiosa regularidad de gotas de lluvia. Hasta las jóvenes, educadas en aquel medio ambiente de la política palpitante, hablaban de la indisciplina de la mayoría, de los dictámenes ó de los escrutinios, como los tenderos hablan de negocios y de cosas de su oficio.